

**LUIS
CARDOZA
Y ARAGÓN**

EL SURREALISMO ES ANTERIOR A SU NACIMIENTO Y POSTERIOR A SU MUERTE

El surrealismo a nadie pertenece. Ha sido de todos desde el principio de la humanidad. No hay imagen real del surrealismo. No hay imagen real de nada. Y menos una imagen surreal del surrealismo. Sin embargo, Breton lo distingue con infatigable rigor, lo ilumina y lo acuña en prosa egregia. Lo imaginario, parte de la naturaleza; posibilidad de vencer algunas lindes de la vida inmediata y como degradada de su esplendor. Eros y Orfeo. El arte no borra tales lindes ni se lo propone: es distinto de la vida y de la naturaleza; quisiera exceder la suma transfigurada de ambas.

El surrealismo es anterior a su nacimiento y posterior a su muerte. Se halla en su prehistoria y en su porvenir.

La relación Marx-Freud no ha logrado concertarse. "El verdadero objeto del tormento del surrealismo —sustenta Breton— es la condición humana, más allá de la condición social." Como Iván Karamozov. ¿Hasta qué punto ha podido actuar sobre los acontecimientos? "Hoy, después de tantas vicisitudes, aparece claramente que la 'revuelta' sólo fue radical en palabras", piensa Jorge Guillén.

Nadie duda de la inconformidad política del idealismo de Breton, de su protesta contra la reali-

dad, de su nostalgia de una adánica Edad de oro. Sus palabras son de revuelta integral; no sus actos. Su pasión se disfraza de razón y acierta en el contrabando. Nadie duda, tampoco, de su integridad, "cuya ilusión fundamental era creerse revolucionario en el dominio del espíritu como en el de la acción, confundiendo revuelta y revolución". "Nada pasaba en las estructuras ni se irritaban los poderes públicos. La revuelta perdía toda su agresividad, aun cuando desesperara buscándola y aplicándola con sus obras", dice André Masson. Y agrega: "La ira fue nuestra madre."

Entró al "establishment"; de hecho, nunca había salido. El surrealismo no quiso enfatizar la realidad sino aniquilarla. Son burguesas las raigambres de las desesperaciones idealistas contemporáneas, las dudas, los escepticismos acerca de las capacidades del pensamiento. La revolución de Marx y de Lenin es otra. Lo explica el deprimente dictamen de René Lourau: "Tuvo que luchar menos por ser reconocido que por evitar una integración en la cultura oficial."

Lo más valioso de la libertad de la imaginación fue aprovechado por sensibilidades de muy distinta naturaleza. Hubo, hay, apremio de servirse de las pulsiones del inconsciente, para sustraerse a la



Luis Cardoza y Aragón es una de las figuras tutelares de la poesía y la crítica latinoamericanas modernas. Nacido en Guatemala, Cardoza y Aragón reside en México desde hace muchos años.

* Fragmento de *André Breton, atisbado sin la mesa parlante* libro de próxima edición producido por el Centro Universitario de Profesores Visitantes y el Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM

cotidianidad y a la costumbre, para tener acceso a una palabra más compleja, más honda, más libre, más visionaria y reflexiva. Ello no es nuevo; sin embargo, no había alcanzado el relieve de las obras maestras del surrealismo. Fue más allá del "agua es llama mojada." En ellas, lo maravilloso ha sido captado con escritura estricta. Cuando Breton en el *Segundo manifiesto* enumera su estirpe poética sólo reconoce a quienes, como él, hicieron "un dogma de la revuelta absoluta, de la insubmisión total, del sabotaje en regla." Desde luego, una revuelta metafísica. Y retórica, pura y simple. Como su fanático ateísmo espiritualista, como las actitudes hiperrevolucionarias de su irracionalismo. Este inquisidor, este gran poeta, este guillotinator, este profesor, golpeó la regla que establecía sobre la cátedra de su escuela y estatuyó una ortodoxia acrisolada. Su asalto a la razón lo conduce a perplejidad primitiva —es su instante más hermoso—, como para treparse al árbol del que bajó el hombre darwiniano y contemplar lo primigenio. Cuando abomina de la "literatura" hace literatura. Arrogantemente razona a fin de conferirle sitio privilegiado a lo irracional.

"Decepcionado de la política, estorbado por ciertos movimientos recientes de la psicología, el

surrealismo, enfrentado a la tremenda ausencia de originalidad revelada, por otra parte, por la etnografía, basculó en el magicismo más banal y completamente estéril, puesto que le había ocurrido la desgracia más trágica: No estar más en relación con el verdadero surreal. Qué hermoso trampolín perdido", escribe Nathalie Tarn.

Que le haya fascinado el tarot, las ciencias ocultas, es otra frase muy controvertida, que lo condujo a "errar en política, de capilla en capilla", afirma Etiemble. Esta puerilidad exhibe aspectos baladíes de la irracionalidad temblorosa de Breton. En tal punto no hay semejanza con Artaud y su bastón de San Patricio, cuyo "déréglement de tous les sens" es de otro orden: Para nada enunciativo; es real y surreal y asume distintas intensidades y formas. Artaud precisa revolucionar el lenguaje. "Que al marxismo (Breton) haya preferido el socialismo de Fourier, me parece aceptable; pero ¿por qué en vez de jugársela con ciertos tarambanos no se hizo taoísta?", se interroga Etiemble. Resumamos la cuestión: Mientras Artaud flameaba, en la mayoría de sus compañeros sólo había fuegos fatuos.

A la postre, el surrealismo fue ¿un residuo irracionalista? De las notas de Theodor Adorno (*Tesis*



contra el ocultismo) citaré unos cuantos diagnósticos inconexos y suficientes en sí mismos: "La regresión al pensamiento mágico bajo el capitalismo tardío asimila dicho pensamiento a las formas típicas de ese capitalismo". "El ocultismo es un movimiento reflejo sobre la subjetivización en todo sentido: Un complemento de la cosificación. Cuando la realidad objetiva aparece ante los mortales tan sorda como nunca, entonces procuran arrancarle el sentido con la ayuda del abracadabra. Indiscriminadamente suponen ese sentido en el mal más a mano, o sea: La razonabilidad de lo real, con el cual ya no concuerdan, suplantado por mesas que saltan y montículos que emiten rayos". "El Ocultismo es la metafísica de los imbéciles. Lo subalterno de los medios es tan poco casual como lo apócrifo, lo necio de lo revelado. Desde los tempranos días el espiritismo, el más allá, no ha comunicado nada más que saludos de la abuelita muerta y la profecía de un viaje en perspectiva". "La fétida magia no es más que la fétida existencia que refleja. De ahí que se acomode tanto a los desapasionados". "Desapasionados", dice Adorno. ¿Los decepcionados a tal extremo que son desapasionados? Pienso en Breton.

En los años de juventud, de mayor zozobra y violencia, los surrealistas se relacionaron con los jóvenes de la revista *Philosophies*, Pierre Morhange, Henri Lefebvre y Georges Politzer, fusilado éste último por los nazis, autor de obras marxistas.

"Somos los que estamos vivos —pensaba hacia 1925, Henri Lefebvre—. Los otros están muertos, y abrimos su testamento. Nuestra convicción hay que proponerla de nuevo: Un estilo. No un estilo literario, no, y algo mejor que un estilo de pensar. Una manera de vivir".

Hasta hoy las obras surrealistas son distantes de lo que el psiquiatra Pierre Janet (1859-1947) llamó escritura automática, uno de sus fundamentos o de sus esperanzas. Breton se dio cuenta de ello y lo discutió, sin sesgos ni argucias, es más de un ensayo. "Escritura de pensamiento, y no pensamiento escrito" (Maurice Blanchot.)

Cuando a una palabra la hospedamos en el infinito de la página en blanco, entran en acción (en la creación "pura", en la invención de realidad), bifurcaciones incesantes que se imponen, relaciones insólitas, extrañas a lo buscado, y concretan hallazgos extraídos en el estupor de nuestra infancia, de nuestros amores, de nuestros infiernos, de nuestras lecturas y experiencias.

"El arte comienza —escribe Pierre Reverdy— donde termina el azar. Sin embargo, todo lo que le aporta el azar lo enriquece. Sin tal aporte, no quedarían sino reglas".

Antonin Artaud, a quien pongo aparte, cuya coherencia e intuición comienzan a conocerse, cuyo caos fatiga, a quien impugnamos admirándolo, pregunta: "¿Qué quedó de la aventura surrealista? Poca cosa, sólo una gran esperanza decepcionada,

pero en el dominio de la literatura misma, tal vez aportaron algo. Esa cólera, esa repulsa ardiente vertidas sobre la cosa escrita constituye una actitud fecunda y que servirá tal vez un día, más tarde. La literatura se encuentra purificada por ello, aproximada a la verdad esencial del cerebro. Pero, eso es todo."

André Breton comprobó, sobradamente, los límites y las relaciones entre revolución política y revolución poética. La revolución poética, en el plano sociopolítico, es sólo un deseo con exiguo poder sobre la realidad. Un estimulante de mezuquina eficacia —en relación con el propósito que se anhela—, síntoma de cierta realidad. La revolución poética se cumple en el lenguaje mismo. La ideología no distribuye talento. La poesía aún no es, contra lo que afirma Lautréamont, "verdad práctica". Quiere serlo y suele serlo en su propio terreno. "La poesía no rimará más la acción —proclamó Rimbaud—, estará adelante".

La revista *La Revolución Surrealista* se tituló después *El Surrealismo al Servicio de la Revolución*. ¿Cómo imaginar un surrealismo marxista? ¿Un marxismo surrealista? Aunque ambos compartiesen la misma escatología materialista, la dificultad se exhibió de inmediato. Pero la proposición fue lo más surrealista y memorable del movimiento: también nacía el surrealismo de la Revolución de Lenin triunfante en 1917. La imaginación nunca perderá sus fueros, serán compatibles con otro nombre, en otra época. La realidad es infinita. Entran en escena Fourier y Sade.

El surrealismo, casi inevitablemente, obró a manera de una droga de alcances mundiales. Breton renovó mitos y quizá creó mitos contra la "pálida razón". Esto es suficiente. ¿Cómo olvidaría su entereza, su acusación al régimen de Stalin? Su influencia poseía remotas raíces; algunas las divisó en las exaltaciones del romanticismo alemán. Las impulsó al enriquecer las virtudes del lenguaje, al desmontar estructuras de la poesía y al organizar fiestas de rigor y de imaginación. Lo reflejado en su espejo lo reconoció como la realidad. A lo bueno que escribió lo recorre un estremecimiento inaudito. Es brillante en sus afirmaciones, escepticismos o negaciones. Los enfrentamientos que al leerlo provoca suelen ser valiosos porque parten de él. Fue dogmatizante este fanático de la libertad y de la subversión surrealista.

La intransigencia, el antieclepticismo de Breton, son poderes cardinales, como la mallarmeana ineptitud para todo lo que no fuese lo absoluto. "Buscamos lo absoluto —gimió Novalis— y sólo encontramos cosas." Sus obras son vestigios de su ambición, simulacros de lo codiciado. Después de su sueño, el día despluma sus pájaros; pero el ámbito de sus pájaros y sus plumajes de tormenta resplandecen en nosotros. Vuelve a la superficie con visiones inesperadas, con joyas imprevistas de memoria prenatal. Anhela nombrar con el acento y el pasmo primitivo del hombre.